

LA MEMORIA ESCINDIDA. EL PASADO DEL NACIONALISMO BRETÓN, ENTRE LA REHABILITACIÓN Y EL REPUDIO

José Antonio Rubio Caballero (U. de Extremadura)

A lo largo de la última década ha tenido lugar en diversos medios académicos y periodísticos de Francia la revivificación de una serie de debates en torno al presente y al pasado del movimiento regionalista y nacionalista de Bretaña, y más concretamente en torno a su controvertida actuación durante la Segunda Guerra Mundial. Nacido en el siglo XIX con un cariz regionalista, el movimiento identitario bretón viró en tiempo de entreguerras (1919-1939) hacia el autonomismo e incluso hacia el independentismo, tomando prestados los tonos discursivos del fascismo en boga en la época. Tanto, que invadida Francia por los nazis los compromisos de dicho nacionalismo bretón con los ocupantes alemanes llegaron a ser flagrantes: las simpatías hacia el ideario nacionalsocialista y la esperanza de que el hundimiento francés generase una oportunidad de independencia para Bretaña explicarían dicha inclinación. A la Liberación le siguieron decenios de oprobio, de silencio y de olvido, marcados por el rencor y la sospecha hacia todo lo que fuera reivindicación bretonista, tan estigmatizada a causa de los compromisos contraídos en los primeros cuarenta. Pero desde finales de la década de 1990, las querellas en torno al colaboracionismo del movimiento bretón – que si bien nunca habían desaparecido del todo sí parecían sumergidas en el olvido– han resucitado y vuelto a la superficie por muy diver-

sos factores. El relativo reflote de fuerzas políticas regionalistas y nacionalistas en la Bretaña de hoy, un cierto *revival* identitario y folklórico que impregna sutilmente el país, la inevitable marea suscitada por los debates europeos sobre la descentralización y la regionalización política de los viejos Estados-nación, que incluso a Francia afecta, o la convicción «hoy elevada a categoría de dogma según la cual los deberes de memoria son el requisito para el progreso mismo de la moralidad colectiva»,¹ han desempolvado la vieja controversia. Un debate de indudable interés historiográfico, pero también de gran capacidad para generar tensiones y elevar las emociones: se trata de las identidades regionales y/o nacionales, por un lado, y de cuestiones relativas a la memoria histórica. La combinación de problemáticas identitarias con la disyuntiva entre la amnesia voluntaria, la rehabilitación o el repudio históricos, tienen en la cuestión bretona un más que evidente plasmación.

Del romanticismo al quintacolumnismo

Bretaña, la península noroccidental de Francia, ha efectuado una procelosa trayectoria histórica que desde hace dos siglos se encuentra fundida con la trayectoria histórica francesa. Tierra situada sobre los difusos límites que separan a la Europa latinizada de la Europa céltica, sus acusa-

das especificidades culturales (idiomáticas, económicas, institucionales...) constituyen los mimbres con que en el siglo XIX se urdió un movimiento de reivindicación identitaria que pervive hasta nuestros días, el *Emsav* («renacimiento» en bretón). Como todo fenómeno de su índole, el *Emsav* se configura como una reacción de profilaxis identitaria (destinada a preservar una identidad que considera en peligro de extinción y cuya desaparición entiende indeseable), y ha generado una serie de discursos políticos que fueron desde el regionalismo, primero, hasta el nacionalismo, más tarde. Contemplada con perspectiva temporal su trayectoria y evaluados *a posteriori* sus resultados, la operación emprendida por el *Emsav* desde su aparición hasta 1945 puede ser percibida como una lucha por la conquista de dos utopías: si la del primer *Emsav* (1845-1914) luchó por que Bretaña retornase a un pasado fatalmente extinto, la del segundo (1918-1945) propuso a Bretaña, con poco éxito, el salto hacia un futuro quimérico.

En efecto, los procesos de centralización política y de homogeneización cultural que emprende el Estado francés desde 1789 se demuestran altamente exitosos. Frente a ellos surge un *Emsav* regionalista principalmente nutrido por el clero y la aristocracia locales, que se vuelca en revalorizar la idea de Bretaña, una pequeña patria que, por su lengua, su historia, su carácter peculiar, no debe acabar confundida en un Estado francés unitario. Es la fase de despertar cultural que precede al nacionalismo sin Estado. Fundamentado en la literatura, la filología, la historiografía y respaldado por un catolicismo local marcadamente contrarrevolucionario, el bretonismo se ordena en torno a una nebulosa de cenáculos intelectuales, y su maniqueo discurso se nutre de un cúmulo de nostalgias confrontadas a un conjunto de rechazos: recelo antiliberal y nostalgias antiguorregimentales, prevenciones contra la industrialización y exaltación de los valores rurales, desconfianza hacia la lengua francesa y apología de la bretona, rechazo del centralismo jacobino y demanda

de la restauración de las franquicias bretonas vigentes antes de 1789.²

Pero Bretaña no es Cataluña o Euskadi, ni Francia es España. La aristocracia y clero decimonónicos se preocupan más de preservar una situación de preponderancia en su universo rural y poner diques frente a una revolución social que asociaban al republicanismo centralista francés, que de aventurarse en defender la instauración de un poder político bretón autónomo o independiente. El Estado, por su parte, completa laboriosa pero exitosamente su trabajo de construcción nacional y aparece ante las burguesías periféricas como vector de mercado, civilización y oportunidades, de manera que éstas en general se desentienden de reivindicaciones centrífugas; la burguesía bretona nunca se ve masivamente por los balbuceos del particularismo bretón, y el discurso del *Emsav*, a falta de mayores apoyos, acaba siendo el patrimonio casi exclusivo de sectores minoritarios, poco dinámicos y crecientemente encerrados en sí mismos. Por lo demás, la Primera Guerra Mundial (1914-1918) entraña la culminación del proceso de construcción nacional francés, y también un punto de inflexión en el movimiento bretón. Una nueva corriente nacionalista gana preponderancia, en detrimento del regionalismo tradicionalista. Es el segundo *Emsav*, que refresca propuestas, remozca proyectos, y que toma prestados ciertos rasgos del bretonismo tradicional para estirarlos y llevarlos hasta sus últimas consecuencias, mientras atenúa o margina otros.³ Es el nacional-populismo bretón de los años veinte y treinta, que, instalado en una visión esencialista de la patria, basa su credo en el rechazo de la Francia unitaria y en la reivindicación de la soberanía nacional bretona. Por lo demás, resabios nordistas y pancélticos, flirteos racistas, lenguajes revanchistas, el desprecio al liberalismo político y económico, la condena del marxismo y la defensa del corporativismo social, se van abriendo paso poco a poco. Al lado de esta línea ideológica del *Emsav* de la época, discurrieron los tímidos proyectos del regiona-

lismo tradicionalista y los planes federalistas de una izquierda bretonista que casi nació muerta.

Pero el segundo *Emsav* se estrelló contra un Estado francés que en ningún momento accedió a la más tímida de las demandas descentralizadoras, y también contra una sociedad bretona que en general dio la espalda al particularismo. El fracaso global de las tentativas del nacionalismo bretón para ejercer una influencia sustancial en la opinión de la población a la que apelaba es pues un hecho capital. La realidad demostró, incluso en coyunturas en las que las posibilidades de maniobra del movimiento se vieron multiplicadas (ocupación alemana, Régimen de Vichy), hasta qué punto la masa bretona era indiferente, cuando no hostil, al mensaje del *Emsav*. Y en contra de lo que la lógica hubiera hecho más aconsejable, el *Parti National Breton* acentuó el radicalismo de su discurso a medida que tomaba conciencia de su marginalidad: ignorado por la élite cercana al poder, por las clases medias que preferían confiar la defensa de sus intereses a las organizaciones políticas ya existentes, por una burguesía a menudo ajena al país o perfectamente afrancesada, por un campesinado sometido a unos poderes paternalistas que le mantenían en una situación de marginalidad política y alejado del universo referencial *emsaverien* (elitista y burgués),⁴ y por un bloque obrero mayoritariamente seducido por el marxismo que difícilmente sucumbiría ante un *Emsav* fascistizado. Movimiento desnortado, el *Emsav* fue también víctima de la fortaleza de su enemigo. La acción del Estado se hallaba muy desarrollada después de la Guerra del 14. La ausencia de sentimiento nacional bretón era un hecho, y la idea de que la región no podría bastarse a sí misma para vivir de manera autónoma estaba bien enraizada entre la población. La lealtad hacia Francia era fuerte, máxime cuando el *Emsav* había buscado articular un nacionalismo sin disponer de ninguna de las herramientas (escuela, prensa, servicio militar) gracias a las cuales su rival había ganado la partida.

Con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

avicinándose, los dos estrechos caminos de pervivencia que le quedaban al *Emsav* eran o bien la prudencia y la despolitización, o bien la radicalización y la huida hacia delante. El grueso del movimiento bretón opta por este segundo camino. Argumentos ideológicos –la fascinación de pertenecer a una civilización superior–, teológicos –la impregnación de un catolicismo nada impermeable al antisemitismo y dispuesto a emplear cualquier arma frente al comunismo–, históricos –el brillante ejemplo irlandés–, y psicológicos –la ambición de un eventual acceso al poder y a la gloria – pueden explicar esta toma de posición. Además, sobreestimando su capacidad para influir sobre la población y tratando de aprovechar el hundimiento de la Tercera República, los *emsaverien* o militantes bretones previeron obtener unos réditos políticos que jamás hubieran podido conquistar con una acción política común y sin contar con el concurso de acontecimientos extraordinarios. Táctica y convicción presidieron pues el acercamiento de los nacionalistas bretones a Alemania, actitud que por otra parte no fue exclusiva en ellos: nacionalistas alsacianos y flamencos principalmente, e incluso algún círculo de nacionalistas vascos o corsos, flirtearon con la idea del Orden Nuevo Europeo.⁵ Mientras que Francia vivió bajo la bota alemana el *Emsav* políticamente organizado y el grueso de organizaciones culturales que gravitaban en torno a él se mostraron favorables o conniventes con las ideologías totalitarias. De ahí sus apoyos expresos a la Alemania nazi o su colaboración más o menos abierta con el régimen de Pétain. La fascinación por las tesis nacionalsocialistas, el desprecio contra los fundamentos de la democracia o la aplicación del tradicional adagio de los *sinn feinners* irlandeses (*England's difficulty, Ireland's opportunity*), arrastraron al *Emsav* hacia la pendiente de un quintacolumnismo que a la larga sería mortífera, en lo físico y en lo simbólico.

Las ilusiones se revelaron en buena medida vanas, porque el invasor alemán no se comportó como los nacionalistas más esperanzados pre-

veían. El Reich prefirió apoyarse en un gobierno conservador colaboracionista más que en agrupaciones radicales o corrientes separatistas claramente desconectadas de las poblaciones a las que decían representar. Tales movimientos soberanistas sólo le fueron útiles a Alemania como fuerzas de ocupación supletorias y eventuales medios de presión sobre el gobierno vichysta. La creación de una Bretaña soberana o semindependiente sólo se mantuvo en la mente de algunos estrategas nazis⁶ empeñados en seguir soñando con el renacimiento de naciones mitológicas europeas.⁷ Sea como fuere, durante los cuatro años de guerra, el PNB, mascarón de proa del nacionalismo bretón, fue tolerado y en ocasiones flagrantemente apoyado por las autoridades ocupantes, que siempre vieron interés en mantenerlo vivo y activo. No obstante, si los bretones, aturridos por la magnitud del desastre, se separaron ostensiblemente del régimen democrático, no fue para arrojarse a los brazos del movimiento nacionalista bretón, sino más bien para cobijarse bajo la sombra de Pétain.⁸ Y en esa coyuntura el discreto regionalismo bretón de raíz decimonónica sí alcanzó a tener cierto eco en las instancias de Vichy e incluso en sectores de cierta burguesía bretona. La puesta en marcha de diversas iniciativas culturales (*Ar Brezhoneg er Skol*, «el bretón a la escuela») y la creación de una serie de instituciones consultivas como el *Institut Celtique de Bretagne* o del *Comité Consultatif de Bretagne* dan idea del cierto dinamismo que alcanzó la versión moderada del *Emsav* entre 1940 y 1944. Mientras, la rama dura perseveraba en su error, y algunos de sus elementos incluso abrían fuego contra la Resistencia francesa, en nombre de la quimérica nación bretona en la que ya sólo ellos creían: bajo el manto de un PNB tolerado por el ocupante se llegó a crear la *Bezen Cadoual* («escuadrón de combate»), luego rebautizado como *Bezen Perrot* en honor al sacerdote nacionalista asesinado en 1943 por la Resistencia francesa, Jean Marie Perrot).

Una incesante resaca

La historia da un vuelco en 1945. Algunas de las consecuencias de que el *Emsav* mantuviera posturas favorables a Berlín o a Vichy durante la Guerra fueron la depuración, el descrédito y el ostracismo. En este aspecto cabe hacer notar que si bien «la práctica totalidad del movimiento bretón políticamente organizado fue considerado objetivamente como colaboracionista»,⁹ estudios recientes han demostrado que si se desciende a las cifras y casos concretos, todo indica que la depuración golpeó menos en términos cuantitativos a las gentes allegadas al *Emsav* que a las adscritas a otros movimientos colaboracionistas.¹⁰ Pero querellas de cifras aparte, la Liberación trajo juicios formales y penas que oscilaron entre las declaraciones de «indignidad nacional» hasta los encarcelamientos e incluso las ejecuciones. Y trajo también una resaca de ajustes de cuentas y de fusilamientos sumarios que corrieron a cargo de la Resistencia. También hubo episodios de huidas, evasiones y exilios (algunos de los principales cabecillas del movimiento, como Olier Mordrel o Roparz Hemon), e incluso de absoluciones llevadas a efecto por las autoridades francesas mucho después de 1945. No es difícil trazar un paralelismo entre el caso de los «depurados» bretones y los regionalistas y nacionalistas colaboracionistas de otros rincones del mapa, que también sufrirían los rigores de las purgas, ya fueran espontáneas o legales. Nacionalistas flamencos (los «incívicos», según terminología habitual) en Bélgica y norte de Francia, o gentes más o menos significadas de los movimientos vasco, alsaciano y corso (Francia) o frisón (Países Bajos) quedaron en sus respectivos Estados incluidas en la variopinta y difícilmente delimitable masa de los colaboracionistas. Mientras que muchos *emsaverien* y nacionalistas de otros territorios sufrieron castigos no siempre regulares ni ajustados a derecho, otros se beneficiaban de ponderados discernimientos entre el compromiso activo con formaciones culpables o la tibia

cercanía ideológica a las mismas. Como afirma Judt, sobre este período de caos «muchos hombres eran injustamente señalados y castigados, aunque era mucho mayor el número de los que escapaban indemnes al castigo. Las irregularidades y paradojas procesales eran múltiples, y los motivos de los gobiernos, fiscales y jurados distaban de ser desinteresados, obedeciendo con frecuencia al propio interés, a la estrategia política o a las emociones. Se trataba de una solución imperfecta. Pero cuando evaluamos los procedimientos penales y la consiguiente catarsis pública que marcó la transición de la guerra a la paz en Europa, debemos tener siempre presente el drama que se acababa de vivir. En las circunstancias de 1945, resulta meritorio que el Estado de derecho pudiera siquiera restablecerse: después de todo, nunca hasta entonces un continente entero se había propuesto definir una nueva categoría de delitos a semejante escala ni llevar a los criminales ante algo parecido a la justicia».¹¹

La confusión y el etiquetado rápido, las urgencias, el reduccionismo y la inclinación seguramente apresurada a confundir a la parte con el todo se impusieron y generaron reacciones expeditivas contra estos movimientos regionalistas minoritarios. Sea como fuere, es ocioso decir que el movimiento bretón quedó diezmado física y moralmente, y que tanto el Estado francés como los principios políticos inspiradores de la República (la unidad nacional y la indivisibilidad territorial, entre otros) adquirieron tras la Guerra una legitimidad intocable, inédita hasta entonces.¹² Aparte de las condenas concretas y materiales, la colaboración le acreó al desarbolado *Emsav* otras consecuencias más duraderas e intangibles. La creación de una fatal aureola de etnicismo alrededor de toda reivindicación bretonista que posteriormente pudiera emerger, y la colocación de una losa de deshonor sobre toda iniciativa regionalista que osase asomar a la escena pública en los años subsiguientes a la guerra son hechos que están fuera de toda duda. Habrían de transcurrir dé-

cadadas para que se fuese olvidando la rima entre las palabras *breiz atao y collabo*.¹³

Llegaron los setenta, el anticolonialismo tercermundista y sus reflujos en occidente, que tuvo en los independentismos violentos sus manifestaciones más delirantes. En Bretaña, la *Armée Revolutionnaire de Bretagne* (ARB) se presentó sin mucho éxito como una versión armoricana de la ETA vasca. Tras ella o en torno a ella, una constelación de partidos que perviven hasta hoy. Por muy virulenta que puntualmente pueda haber sido la actuación de estos brotes radicales, las diversas corrientes del particularismo bretón alumbradas en los setenta no han amenazado seriamente la estabilidad territorial de la República Francesa. Ni el soberanismo, y ni mucho menos el secesionismo, han gozado de audiencias reseñables entre las poblaciones concernidas. En contrapartida, las reivindicaciones de autonomía cultural y administrativa de cierta contundencia que un renovado *Emsav* ha ido incrustando en su discurso sí han tenido una mejor acogida. El auge cultural e identitario de Bretaña, ilustrado por la popularidad de los *festou-noz* o el ascenso del interés por la lengua bretona y su literatura, generan entusiasmo en los ambientes regionalistas, cuyos resultados electorales sin embargo siguen siendo modestos. Pululan actualmente por el panorama de la política bretona la *Union Démocratique Bretonne* (izquierda), el *Parti Breton* (centro-derecha), *Emgann* (izquierda revolucionaria) y *Adsav* (extrema derecha), siendo sólo la primera de las citadas una formación capaz de acceder a algunas alcaldías o concejalías,¹⁴ aunque normalmente aliada a formaciones ecologistas o progresistas. Ciertamente, la combinación del sentimiento de fracaso político experimentado tras 1945 y la sin embargo persistente voluntad de seguir actuando de algún modo ha llevado a los militantes bretones a concentrar casi todos sus esfuerzos en cuestiones culturales. Y en ese terreno los progresos han sido notables, si se tiene en cuenta la naturaleza del Estado francés, si se piensa en la *a priori* escasa predisposición

que la propia población bretona tiene para escuchar la música del particularismo político, e incluso si se recuerda el estruendo, aún retumbante, de los errores cometidos por el *Emsav* anterior a 1945.

La memoria, arma de doble filo

Aún hoy la cuestión sigue generando marejadas en un país como Francia, donde las heridas de la Segunda Guerra Mundial nunca parecen cicatrizar de manera definitiva. *Un passé qui ne passe pas*,¹⁵ «un pasado que no pasa», es la sintética fórmula que ha hecho fortuna para definir los desasosiegos de una nación que nunca dejó totalmente de verse acechada por un pasado que en muchas de sus facetas dista de ser lustroso.¹⁶ Si el conocido sintagma citado es válido para Francia en su conjunto, también puede aplicarse al particular contexto de Bretaña y a las peculiares problemáticas que rodearon al *Emsav* desde los años treinta hasta 1945. Pues aunque se podría pensar que a las alturas del siglo XXI lo esencial del debate sobre los compromisos mantenidos por el movimiento bretón con las autoridades ocupantes durante la Guerra ya estaba zanjado, se ha asistido desde el final de los años noventa a una revivificación de las polémicas.

Determinados sectores intelectuales, políticos y civiles comienzan desde hace dos décadas a alertarse de lo que consideran una «peligrosa deriva identitaria de Bretaña», incompatible con el principio de igualdad republicana y atentatoria contra la naturaleza unitaria del Estado francés. Tras esa deriva se situaría la acción del nacionalismo bretón actual. Más aún, agazapado tras empresas editoriales, tras iniciativas culturales aparentemente inocuas, tras partidos políticos o instituciones locales y regionales de Bretaña, el nacionalismo bretón estaría hoy alentando un intolerable y subrepticio negacionismo sobre de la evolución fascista del antiguo *Emsav* y muy concretamente los compromisos que contrajo entre 1939 y 1945.

Pero por el otro lado, el entorno del movimiento bretón actual, y sobre todo sus sectores más politizados, perseveran en su operación de lo que consideran una necesaria «recuperación de la identidad bretona», desacreditan unas políticas que juzgan como centralistas, propias de una República insensible a las minorías culturales y a las identidades regionales, y se defienden de las acusaciones que son emitidas en su contra bien negando que los errores del *Emsav* pretérito existieran, o bien lustrando *a posteriori* los episodios menos honrosos de sus antecesores.

La querella cobra aspereza merced al «debate regional» surgido a raíz de la pretensión del nacionalismo bretón (más el corso, el occitano o el flamenco) de que el Estado francés firme la ratificación de la Carta Europea de las Lenguas Regionales.¹⁷ Además, una fracción nacionalista bretona regresa al activismo violento: el atentado mortal de Québert (Ile-et-Vilaine) de 2000 acaba por caldear el debate. En efecto, la acción atribuida a la ARB acaece el 19 de abril de 2000, cuando explota una bomba colocada en la citada localidad y provoca la muerte de una persona.

Usos políticos del pasado, reivindicaciones identitarias y confusionismo entre memoria e historia se combinan para generar un asunto que cuenta con todos los ingredientes para ser controvertido. Aún a riesgo de caer en el esquematismo, se puede sentar que las polémicas de memoria en torno a la actitud del *Emsav* en los años veinte, treinta y cuarenta han generado hoy dos visiones opuestas. Por un lado, una que condena en bloque al movimiento bretón histórico y que por ello desacredita al actual. Y otra que se esfuerza bien en negar las molestas evidencias del pretérito, o bien que matiza fuertemente determinados hechos y compromisos pasados para acabar distorsionando la realidad, en su intención de lustrar la imagen de una historia que difícilmente tiene arreglo. Y en medio de ambas tendencias, la mayor parte de la población, que se mueve entre la indiferencia, el desconocimiento y el deseo por pasar página y olvidar.

Algunas observaciones sobre las dos posturas enfrentadas merecen ser expuestas. Primeramente, cabe subrayar los reproches acaso excesivos que una parte de la historiografía ha lanzado contra las políticas llevadas por el Estado francés en tiempo de entreguerras en relación al nacionalismo bretón. Hay historiadores próximos al autonomismo bretón actual que, sin llegar a negar el fondo y la forma fascista del discurso del PNB y de sus terminales, inciden en demasía en las recurrentes negativas de la Tercera República a adoptar las reformas demandadas por movimientos regionalistas o nacionalistas.¹⁸ En ese argumento parecen basarse para explicar, y en cierto modo justificar, el colaboracionismo del *Emsav*. Según esta visión, el sordo frontón en que se convirtió el Estado francés habría acabado por obligar al nacionalismo bretón a recurrir a los métodos más expeditivos y ominosos. La argumentación se antoja excesivamente esquemática y poco sólida, y además fundada sobre una media verdad. Cabría que estos historiadores explicitaran sin ambages que las demandas que aquella Tercera República desoía eran los gritos de una minoría: una minoría que por otra parte era desconsiderada, cuando no repudiada, por la mayor parte de la propia población bretona. Imposible pues equiparar esa actitud del Estado francés hacia el nacionalismo bretón con la que, por ejemplo, y décadas más tarde, desarrollaría el Estado español franquista, que sí contribuyó decisivamente, por su cerrazón centralista, a alimentar las derivas más radicales de nacionalismos como el vasco, especialmente. En casos como el español, el centralismo y la falta de atención a las reivindicaciones nacionalistas vascas o catalanas sí explica al menos en parte la radicalización de éstas, pues tales movimientos sí estaban sólidamente sustentados por sectores amplios e influyentes de sus respectivos territorios. Caso en absoluto similar al de Bretaña.

Una segunda y doble observación de carácter más globalizador lleva a poner de relieve prácticas que a buen seguro son reprochables, y que se detectan hoy en día tanto entre los

opositores a toda expresión regionalista y nacionalista que ponga en entredicho la armadura centralizada de la Francia actual, como entre los paladines del movimiento bretón de hoy.

Recordar para repudiar

Con respecto a los sectores refugiados en la primera de las trincheras citadas, hay que subrayar el acaso desmedido celo que demuestran en su afán por desacreditar toda pretensión de descentralización política, cultural o lingüística en Francia. Sin entrar a valorar el grado de legitimidad, de solidez argumental o de oportunidad política que pueda poseer este discurso en la Francia de hoy, lo reprochable de su argumento seguramente sea el recurso a la memoria, el constante recordatorio de que movimientos como el bretón entroncan con un innegable pasado de racismo y de colaboracionismo.

Algunos ejemplos ilustran bien esta actitud. En 2000, el libro de Ronan Calvez titulado *La Radio en Langue Bretonne*¹⁹ demuestra los compromisos nazis de Roparz Hemon, figura clave del renacimiento cultural bretón de entreguerras de la cual el *Emsav* «progresista» de la generación post-sesentayocho sigue sin dejar de renegar. En el mismo año, el más antiguo colegio de la red *Diwan* (consorcio de escuelas asociativas privadas concertadas con el Estado francés que proporcionan toda la enseñanza primaria y secundaria en lengua bretona), que precisamente había sido bautizado como «Roparz Hemon» en 1988, era obligado a cambiar de nombre, a instancias de diversos colectivos republicanos y del propio *Conséil Général du Finistère*. Ya en 1998 el MRAP (*Mouvement contre le Racisme et pour l'Amitié des Peuples*) había organizado una campaña de protesta contra el homenaje que el *Institut Culturel de Bretagne* (ICB), bajo la forma de Congreso, había dedicado al controvertido Hemon. Dichas Jornadas, en efecto, omitieron los aspectos más oscuros de su trayectoria, y habían sido sufragadas con fondos públicos.²⁰

El citado ICB²¹ ha venido estando detrás de numerosas controversias a cuenta de la memoria del nacionalismo bretón. El diario *L'Express*²² se lamentaba en 2001 de que las políticas «secrarias y militantes» de la institución originaban desconcertantes paradojas en la mirada que proyectaba sobre el pasado de Bretaña. Por ejemplo, el hecho de que ignorando a toda la pléyade de resistentes con que la región contó durante la Segunda Guerra Mundial, el ICB tuviera que homenajear precisamente a un colaboracionista como Roparz Hemon. O el hecho de que obedeciendo a un impulso nacionalista, haya tratado de hacer de la ciudad de Rennes –lugar donde el bretón nunca fue hablado– el «cuartel general de una versión artificial y actualizada de la vieja lengua celta». Para el ensayista Eric Conan, el éxito de las asociaciones culturales bretonas da testimonio de una «identidad cultural regional fuerte y abierta», que contrasta con el estancamiento del movimiento político nacionalista, el cual, para paliar su arrinconamiento, se habría «apoderado del ICB, concibiéndolo como una herramienta destinada a captar subvenciones, a falta de seguidores».²³ La cascada de reproches continúa con el «sistema incestuoso» de amiguismo que vendría practicando el núcleo duro del nacionalismo bretón actual. No privándose del uso de los fondos del Estado francés que aborrece, el vicepresidente del ICB, Pierre Denis, habría empleado los fondos de éste para reeditar los textos que el periodista antisemita Youen Drezen fue publicando en el periódico proalemán *L'heure Bretonne* en los primeros cuarenta (aparte de organizar un homenaje en los días 17, 18 y 19 de septiembre de 1999);²⁴ en 1993, el ICB otorgó el premio Xavier de Langlais al antiguo miliciano Alan Heusaff, ex integrante del triunvirato cabecero de la *Bezen Perrot* (1943-1944).

La marea de polémicas que envuelven al nacionalismo bretón actual poniéndolo en relación con el del pasado da más de sí. El histórico *L'Humanité* opinaba que el «intenso combate emprendido en torno a la cultura y la lengua

bretonas es una ofensiva de la que participan nacionalistas, empresarios, neonazis y cargos públicos de la derecha, una batalla silenciada por los medios que se desarrolla debajo de la máscara del folklore, a golpe de inauguraciones, exposiciones, ediciones, y todo financiado con el dinero del contribuyente».²⁵ El semanario satírico *Le Canard enchaîné* titulaba un extenso artículo en abril de 2000: «Cuando la República subvenciona un diccionario bretón y antifrancés»²⁶ y afirmaba categóricamente que el diccionario en bretón *Geriadur brezhoneg* «rinda homenaje a antiguos nazis que siguen siendo referencias culturales para muchos nacionalistas bretones». Publicada por la editorial *An Here* –casa dirigida por el antiguo activista del *Front de Libération de Bretagne* Martial Ménard– la obra de marras contiene abundantes referencias de tipo político –cosa en principio difícil en un libro de carácter filológico– y muy específicamente alineadas con el discurso del nacionalismo bretón. Argumento por el que *Le Canard enchaîné* lo califica de «abecedario del nacionalismo bretón».²⁷ Obra de cincuenta personalidades de la cultura bretona, el diccionario está apadrinado por Pierre Denis, presidente del consejo científico del ICB, y redactado entre otros por el citado ex miliciano Alan Heusaff. Por lo demás, *Le Canard* recuerda que la obra está dedicada expresamente a la memoria del controvertido Roparz Hemon, y destapa que es el fruto de una inversión de 4,9 de los 5,3 millones de francos de los que disponía, en concepto de subvención pública, el ICB. Por si fuera poco, la revista divulgativa *Armor Magazine* publica en el mismo momento obituarios debidamente dulcorados de militantes bretones colaboracionistas que huyeron a Irlanda tras la Liberación. *Bretagne Info*, por su parte, ya se había encargado de publicar en su número 101 un artículo reivindicando a Hemon: «Roparz Hemon tiene el derecho a nuestro respeto y a nuestro reconocimiento. El MRAP desvaría».²⁸

En 2002 sale publicado un ensayo firmado por la filóloga bretona Françoise Morvan²⁹ que

alerta contra la «deriva identitaria que sufre Bretaña», trae a la memoria las aciagas complicaciones del *Emsav* con el ocupante en el pasado y, más aún, alerta contra lo que considera un intolerable confusionismo introducido por historiadores próximos al nacionalismo bretón, quienes se esfuerzan en reconocer la culpa de ciertos cabecillas descarriados y radicalizados para salvar al resto del movimiento: «¿Qué extraño viraje ha llevado a los nacionalistas a quemar ahora aquello que antes adoraban? O mejor dicho, ¿qué es lo que están quemando? La respuesta sale rápidamente al paso: puesto que los hechos ya no podían ser negados (...) la maniobra apresurada tenía la finalidad clara de tirar a la basura a los irrecuperables (Mordrel, Lainé, Debauvais), y rehabilitar a los ‘moderados’, como los hermanos Delaporte y otras buenas gentes». ³⁰ Según denuncia Morvan, el asunto además tiene un poco conocido trasfondo económico. Determinados grupos de presión empresariales y *think-tanks* como el *Institut de Locarn* no son ajenos ni al *revival* identitario regional ni al lavado facial del que se beneficia la memoria del nacionalismo: «Inaugurado por Yvon Bourges y el archiduque Otto de Habsburgo, bendecido por el abad Le Gall, el Institut de Locarn (...) ha conseguido unir a nacionalistas bretones, lobbies patronales regionalistas y partidarios de la nueva evangelización. Implícita pero violentamente antirrepublicanas, sus tesis reposan sobre una visión etno-diferencialista de la historia (...) Acabar con las leyes sociales, con la laicidad, con las barreras impuestas por los Estados-nación frente a la desregulación del mercado interior (...) eso persigue este organismo que reúne al ala ultraliberal de la patronal bretona». ³¹

La obra de Morvan constituye en cierto modo la culminación de un camino de denuncias públicas abierto por el colectivo *Gardons les yeux ouverts* («Mantengamos los ojos abiertos»). Un grupo de escritores y personalidades de la cultura bretona denuncia el «silencio imperante sobre las páginas negras del nacionalismo

bretón». Así lo recogía el diario *Le Monde*: «Defendemos un trabajo de memoria sobre las trayectorias de las grandes figuras del movimiento bretón con el régimen de Vichy y los nazis (...) Que la lengua y la cultura bretona deban ser legítimamente reconocidas es evidente, pero que para defender sus intereses todo valga, incluso el recurso a la retórica nacionalista más siniestra o la defensa de los militantes bretones más dudosos como ejemplos para la actualidad, es lo que no aceptamos». ³²

Recordar para rehabilitar

Pero ese fuego ha sido fuego cruzado. Desde el otro lado de la polémica también han partido argumentos. El más reciente, el libro de Jean Jacques Monnier, *Résistance et conscience bretonne*, ³³ en el que a través del repaso de unos doscientos perfiles de resistentes bretones de la Segunda Guerra Mundial se esfuerza en demostrar cómo hubo gentes más o menos dotadas de conciencia de su bretonidad y que sin embargo habrían tomado parte activa en el combate antinazi. Las críticas no se hacen esperar. La propia revista cultural bretona *Hopala* admite que la obra «genera una impresión de confusión, atribuyendo de manera un tanto apresurada la etiqueta de conciencia bretona a tal o cual figura de la Resistencia, y por la vía de la yuxtaposición de casos muy heterogéneos parece pretender crear la ilusión de una Bretaña totalmente bretona y totalmente resistente». ³⁴ Hechos que están bien lejos de la realidad. El *Groupe Information de Bretagne* promovido por la anteriormente citada Françoise Morvan, ataca duramente la obra a través de un documento titulado *La Résistance bafouée* («La Resistencia mancillada»), ³⁵ argumentando que la «conciencia bretona» de muchos de los resistentes citados en la obra de Monnier es etérea y nunca se concretó en una militancia política regionalista o nacionalista, y recordando además los compromisos pronazis o petainistas mantenidos por muchos de los personajes que en el libro en cuestión son pre-

sentados como resistentes. En la misma línea se expresa la *Association Nationale d'Anciens Combattants et Amis de la Resistance*: El hecho de que hubiera resistentes que se expresaran en bretón, su lengua maternal, no implica que se reclamasen de identidad nacional bretona, por lo cual el libro es «una impostura histórica y un insulto a la memoria, por asimilar a grandes figuras de la Resistencia al movimiento bretón». El autor, por su parte, argumenta a su favor que «el único postulado de la investigación fue el rechazo a admitir al nivel de los individuos una equivalencia *a priori* entre autonomismo y colaboración. Un autonomista de antes o de después de la Guerra no tuvo por qué ser un colaboracionista, cosa que hasta el mismo De Gaulle subrayó el 22 de julio de 1945 en Vannes: 'los autonomistas bretones serán castigados como traidores, pero si han sido autonomistas sin haber traicionado, eso es otra historia'». ³⁶

Frente a las acusaciones que llueven sobre el movimiento bretón pasado y presente, las líneas argumentales esgrimidas por los defensores del mismo recorren invariable e inevitablemente dos o tres puntos. Primero, que la colaboración fue un hecho puntual y minoritario; segundo, que es necesario separar entre la buena cosecha cultural realizada por los elementos más polémicos del pasado, y su lamentable borrachera nacionalista; y tercero, que el Estado francés no está sobrado de crédito para dar lecciones sobre Derechos Humanos cuando él mismo fue en el pasado una potencia colonial y cuando en el presente niega el reconocimiento de las minorías nacionales que viven en su suelo.

El sociólogo Ronan Le Coadic reflexiona en voz alta en su ensayo *Bretagne, le fruit défendu*, llamando la atención sobre el hecho de que las críticas que ponen en relación al movimiento bretón actual con sus antecedentes nazis suelen concentrarse justo en los periodos de cierto dinamismo cultural bretón. Ello lleva al autor —luego de haber reconocido que efectivamente el *Emsav* colaboró entre 1939 y 1945— a plantear una hipótesis: ¿no estarán tales críticas animadas

por la voluntad de deslegitimar las palabras de aquéllos pocos que osan romper determinados tabúes en Francia? ¿No serán aquéllas el fruto de una peligrosa amalgama consistente en arrojar la sombra del descrédito sobre toda una población? ¿No late bajo tales discursos un poso de arrogancia que considera a la particularidad bretona como un simple resquicio del pasado que antes o después ha de ser asimilado por el proceso de civilización francés? ¿Qué peso tienen en tales críticas la óptica de las mayorías, la ignorancia y el reduccionismo? ³⁷

Más tajantes que Le Coadic, otros intelectuales relacionados con el *Emsav* de hoy se esfuerzan en aislar lo positivo y lo negativo realizado por las generaciones pasadas del movimiento y, más aún, entresacar del infamante panorama general aquello que puede ser visto como constructivo o benéfico. Es cierto que el periódico *Breiz Atao* había preparado el camino para la colaboración, sostienen, y que sus páginas fueron precursoras del fascismo bretón, pero al mismo tiempo desarrolló argumentos, expuso hechos, y cifras, y planteó la cuestión bretona de una manera moderna, desmarcada del folklorismo decimonónico. La historiadora Mona Ozouf evoca la situación en que se vieron muchos de los conmlitones de su padre Yann Sohier, que por morir prematuramente en 1935 no se vio en la tesitura de tener que elegir compañeros de viaje durante la Guerra: «Algunos de sus amigos, militantes como él, se dejaron seducir [por el fascismo]. Las facilidades abiertas por la ocupación alemana a la práctica y la enseñanza del bretón les habían conducido a ceder a la posibilidad milagrosa, tanto tiempo anhelada, de crear en *Radio-Rennes* emisiones en bretón. ¿Qué hubiera hecho tu padre? Esta era la pregunta con que siempre me martilleó mi madre». ³⁸ El propio director del ICB, Bernard le Nail, justifica del mismo modo la actitud de algunos de los colaboracionistas más comprometidos: «no niego que Roparz Hemon haya sido antisemita y nazi, pero pudo verse contaminado por los discursos de su época». ³⁹ De modo que

el argumento proveniente de un sector de la academia y de la política bretona de hoy, los bretones, tanto tiempo desfavorecidos, ridiculizados, estereotipados y perseguidos por la vergüenza, merecerían una rehabilitación moral, aunque ello implicara el pago de una costosa factura, la de flirtear con el fascismo, cuando no la de sumergirse en sus lodazales. De ahí que la reparación moral de quienes emprendieron la tarea de la emancipación psicológica de Bretaña sea, a tenor de sus defensores, justa. ¿Fascistas? Quizá, pero dignificaron a Bretaña. ¿Antisemitas? En algunos casos, pero sacudieron al país de complejos.

Cerca de este argumento se sitúa el del lamento lanzado por algunos otros *emsaverien* de hoy, y que tiene que ver con la que a su juicio es una odiosa singularidad que toca particularmente a Bretaña. Afirman que cuando se proyectan miradas justicieras con respecto al pasado del movimiento regionalista y nacionalista no hay posibilidad de perdón, disculpa o matización. Hecho más grave aún si se tiene en cuenta que han sido muchos los olvidos terapéuticos de los que se han beneficiado muchas respetables personalidades e iconos de la cultura europea. Y ese santoral de intelectuales hoy encumbrados contiene a muchos miembros que colaboraron de una manera u otra en el ascenso del totalitarismo. Pero según Daniel Le Couédic, la «moralina ambiental que lo juzga todo desde lo alto otorgando castigo o recompensa en nombre de valores inmutables y trascendentes»⁴⁰ se estaría ensañando especialmente con los exponentes de algunos movimientos muy determinados, olvidando complicidades bien comprometedoras de otros. Ahí están Céline, Sartre, Cioran, Bergman o Bobbio, incluso Günter Grass, amparados por una justa disociación entre obra y trayectoria política, aquélla que no se efectúa en el caso de los intelectuales o ideólogos bretones de entreguerras.

En fin, un último argumento de los bretonistas de hoy es el que les lleva a concluir que tras las críticas que le son lanzadas al *Emsav* vigente

o pretérito viviría la malintencionada pretensión de desacreditar todo cuestionamiento de la estructura centralizada del Estado francés. La idea misma de una reivindicación bretona sólo sería pura manifestación de la barbarie, y toda acción de promoción de la identidad o de la lengua bretonas, un potencial peligro para la República, incluso para la democracia. Christian Vallé caricaturizando este recurso: «El nacionalismo bretón es visto como una falta moral. No se discute sobre el tema. Toda manifestación de identidad bretona, por muy inocente que sea, conduce al retorno de la bestia. No hay perdón posible para la manifestación de una identidad bretona».⁴¹ El *Appel de Carhaix*, documento firmado por partidos regionalistas y nacionalistas así como colectivos y personalidades cercanas al bretonismo, inciden en este punto luego de reclamar a Francia que ratifique la Carta europea de las lenguas regionales: «Sólo obtenemos por respuesta a nuestras reivindicaciones el desprecio y el insulto».⁴² Martial Ménard habla directamente de «maccartismo anti-breton, caza de brujas», desde el momento en que «todo individuo que defiende la lengua bretona deviene sospechoso ante los jacobinos integristas, y se le lanzan las palabras del repliegue identitario, cuando el asunto para nosotros consiste en respeto a las minorías y derecho a la diferencia».⁴³ Los paladines de esa cruzada serían, a juicio de los bretonistas, *lobbies* franceses apoyados por los medios periodísticos principalmente de París, progresistas o conservadores: «los defensores de la identidad bretona de todas las tendencias se ven atacados por un grupo de presión que usa los medios para lanzar sus venenosos ataques: *Charlie Hebdo*, *Télérama*, *Libération*, *Le Monde*, *Le Canard enchaîné*. Hasta *L'Humanité* se ha metido en esta coalición».⁴⁴

Recordar, ¿cómo y para qué?

La aceptación por parte del *Emsav* de la autoridad del ocupante e incluso la colaboración que mantuvo con él en los años cuarenta, ¿cons-

tituye la prueba de una nocividad intrínseca y atemporal? O por el contrario, ¿la deriva nazi o petainista del Emsav no fue el fruto de un momento de debilidad, que no puede estigmatizar injustamente a toda la posteridad? En otro orden de cosas, ¿sería factible el hacer admitir al Emsav de hoy cuál es su pasado, por muy acibarado que éste resulte, sin caer en la negación de la legitimidad de sus propuestas actuales y sin atribuirle la vergonzante etiqueta del filofascismo, por unas derivas acaecidas hace siete décadas? El equilibrio es delicado. Estamos ante el espinoso debate sobre la persistencia de las manchas del pretérito. ¿Hasta qué punto una generación merece cargar con el fardo ideológico de sus antecesoras? Es necesario ciertamente el ejercicio de memoria sobre las trayectorias de movimientos políticos para evitar equívocos, confusiones y rehabilitaciones odiosas, pero el peligro de esta práctica, mal utilizada, sería el de blandir arteramente la memoria contra un legítimo movimiento político actual, máxime cuando la principal formación política del mismo es portadora hoy de un discurso de centro-izquierda. ¿Podría llegar a convertirse esa memoria en una suerte de pecado original que inhabilita, décadas después, a todo tipo de iniciativas autonomistas, aunque éstas en absoluto flirtean con idea totalitaria alguna? ¿Hasta dónde debemos considerar que la sombra de un pretérito aciago puede alcanzar? Existe una delgada línea entre el ineludible recuerdo del pasado y el uso de éste como arma arrojada contra una generación actual que en su mayoría está desvinculada de lo cometido por la de sus padres o abuelos. Parece al menos lícito plantear estas cuestiones cuando se percibe una suspicacia particularmente viva cuando se juzga al nacionalismo bretón de hoy. Hecho que queda de manifiesto en el recuerdo insistente que se efectúa sobre los compromisos de los tiempos de la ocupación, y la asociación de los mismos a las reivindicaciones de dicho movimiento en la actualidad.

Ahora bien, muchas de las actuaciones que

en los últimos años viene desarrollando cierta *intelligentsia* afecta al movimiento bretón no genera las mejores condiciones como para que las críticas evocadas dejen de arreciar. El proceder a revisionismos y negacionismos sobre algo tan bien conocido como la actitud colaboracionista de la práctica totalidad del movimiento bretón organizado no contribuye en nada a serenar las polémicas. Más bien todo lo contrario, pues tal actitud favorece que etiquetas quizá excesivas, por generalizadoras, le sean adjudicadas. En concreto, hay que recordar que es la oleada de publicaciones y conmemoraciones (resumidas en páginas precedentes) encaminadas a salvar la imagen de figuras bien identificadas como colaboracionistas lo que ha impulsado la creación de plataformas recelosas de u opuestas al movimiento bretón de hoy, como *Gardons les yeux ouverts*, o la publicación de vehementes textos (*Le monde comme si*) que alertan contra el «delirio identitario de Bretaña» y que traen a la memoria las aciagas complicidades del Emsav con el ocupante. La cuestión cae por su propio peso: si el Emsav de hoy pretende que se pase página y que sus adversarios abandonen lo que entiende como un malévolo regodeo en el pasado, ¿no debería él mismo replantearse algunos de sus comportamientos, sobre todo los destinados a la difícil rehabilitación de figuras históricas cuya actuación sólo puede ser juzgada por la mirada actual como reprobable, o incluso como infame? Parece en cualquier caso que desde ambos lados de la controversia el juego simbólico de la memoria estuviese engendrando lo que se ha denominado «el efecto de sustitución o de restitución», esto es, «la confusión o simbiosis entre el presente y el pasado, o sustitución del uno por el otro».⁴⁵ Los mitos y contramitos que la memoria es capaz de producir surgen y se enfrentan con perfecto y simétrico antagonismo en las querellas sobre el pasado reciente de Bretaña.

El debate nos sitúa ante un curioso juego de sobreactuación por parte de los dos bandos: uno de ellos blanqueando un pasado que difícil-

mente se puede lustrar, y el otro ennegreciendo el presente con argumentos ciertamente sólidos y esclarecedores, pero que, de usarse tortíceramente, podrían convertirse en sencillos comodines con los que acusar en virtud de una ley de la culpabilidad congénita. En suma, se trata de una controversia sobre memorias resbaladizas, a veces dobles y enfrentadas, un debate sobre el pasado y sus sorprendentes meandros, sobre las paradojas y hasta las esquizofrenias que origina la fluctuante valoración del pretérito, que dan cuenta de lo lejos que está el día en que los rescoldos de la Segunda Guerra Mundial dejaron de humear y de nublar la atmósfera política francesa, y por extensión, europea.

NOTAS

- ¹ JULLIARD, Jacques, «L'avenir de l'histoire», *Le Nouvel Observateur (hors-série)*, n° 70 (octubre/2008), pp. 82-85.
- ² Citaremos algunos de los estudios más relevantes que han abordado este periodo preparatorio del movimiento bretón: TANGUY, Bernard, *Le renouveau des études bretonnes au XIX siècle*, Paris, 1977, Union Générale d'Éditions; LAGRÉE, Michel, *Religion et cultures en Bretagne (1850-1950)*, Paris, 1992, Fayard; GUIOMAR, Jean-Yves, *Le bretonisme: les historiens bretons au XIX siècle*, Rennes, 1987, Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne; TONNERRE, Noël-Yves (dir.), *Chroniqueurs et historiens de la Bretagne*, Rennes, 2002, PUR; LE STUM, Philippe, *Le néo-druidisme en Bretagne: origine, naissance et développement (1890-1914)*, Rennes, 1998, Ouest-France; LE BERRE, Yves, *La littérature de langue bretonne entre 1790 et 1918*, Morlaix, 1994, Ar Skol Vreiz. Algunas de las obras de los intelectuales protagonistas de aquel periodo son sumamente interesantes: LA BORDERIE, Arthur le Moine de; POCQUET, Barthélémy, *Histoire de Bretagne*, Mayenne, 1972, Floch; LA VILLEMARQUÉ, Théodore, *Barzaz Breiz. Chants populaires de la Bretagne*, Paris, 2001, Perrin.
- ³ El conjunto de obras de referencia sobre la cuestión del nacionalismo bretón, particularmente en las décadas de 1930 y 1940, puede dividirse en dos bloques. Uno que comprendería estudios académicos y otro cuyo interés reside en el valor testimonial de las informaciones aportadas, integrado por obras a medio camino entre el relato de hechos, las memorias personales y el ensayo político. Dentro del primer bloque figurarían: DÉNIEL, Alain, *Le mouvement breton (1919-1945)*, Paris, 1976, Maspero; FRÉLAUT, Bertrand, *Les nationalistes bretons de 1939 à 1945*, Brasparts, 1985, Beltan; HAMON, Kristian, *Les nationalistes bretons sous l'occupation*, Fouesnant, 2004, Embanner; BOUGEARD, Christian (dir.), *Bretagne et identités régionales pendant la Seconde Guerre Mondiale*, Brest, 2002, UBO; CADIOU,

Georges, *L'hermine et la croix gammée. Le mouvement breton et la collaboration*, Paris, 2006, Apogée; NICOLAS, Michel, *Histoire du mouvement breton*, Paris, 1982, Syros; REECE, Jacques, *The Bretons against France*, Chapel Hill, 1977, North Carolina Press; FRÉVILLE, Henry, *Archives secrètes de Bretagne (1940-44)*, Paris, 1985, Ouest-France. Y dentro del segundo: MORDREL, Olier, *Breiz Atao. Histoire et actualité du nationalisme breton*, Paris, 1973, Moreau; LEBESQUE, Morvan, *Comment peut-on être breton? Essai sur la démocratie française*, Paris, 1970, Seuil; YUENOU, Anna, *Francez Debauvais de Breiz Atao et les siens*, Rennes, 1974, Yuenou; LE BOTERF, Hervé, *La Bretagne pendant la guerre*, Paris, 1983, France-Empire; CAERLÉON, Ronan, *Complots pour une République bretonne*, Paris, 1967, Table Ronde; FOUÉRÉ, Yann, *La Bretagne écartelée*, Paris, 1962, Nouvelles Éditions Latines; POISSON, Henry, *L'abbé Jean-Marie Perrot: fondateur du Bleun-Brug*, Paris, 1955, Pilon.

- ⁴ Además, el corporatismo conservador por el que ese campesinado se inclinaba «no hallaba ningún problema en compatibilizar el amor a la pequeña patria con la gran patria francesa». BENOUSSAN, Daniel, *Combats pour une Bretagne catholique et rurale*, Paris, Paris, Fayard, 2006, p. 531.
- ⁵ Muy similar a la del Emsav fue la trayectoria del nacionalismo flamenco, articulado principalmente en torno al *Vlaamsch Verbond van Frankrijk* de J.-M. Gantois adherido al III Reich (si bien su centro de operaciones siempre fue el Flandes belga o los Países Bajos, más que el norte francés); el nacionalismo corso también había contactado con otras minorías nacionales y alentado una suerte de rebelión antifrancesa, y alguno de sus sectores se decantó por el irredentismo fascista. El nacionalismo vasco de Francia, residual al lado de homólogo peninsular (que también mantuvo algún contacto esporádico con los nazis), se nucleó en torno a órganos clericales, cuyos patronos también mantuvieron inclinaciones colaboracionistas (especialmente E. Goyheneche, que acabaría siendo condenado por colaboración). El nacionalismo alsaciano se ordenó desde 1927 en torno al *Partido Autonomista de Alsacia-Lorena* y la *Jungmannschaft*, hermanados al Emsav, a revista *Peuples et frontières* dirigida por Yann Fouéré y al Comité Central de las Minorías Nacionales de Francia. Su actitud durante la Guerra no pudo ser sino la colaboración. Por su parte, los Congresos de las Nacionalidades celebrados entre 1925 y 1938 en Ginebra y en los que tomaron parte los citados nacionalismos, se convirtieron de facto –por su naturaleza y sus fines, por el contexto geopolítico internacional en que se desarrollaban– en un arma que Alemania manipuló a su favor: de ahí las reiteradas demandas de revisión de los acuerdos de Versalles, los manifiestos por la agrupación bajo el paraguas de una Gran Alemania de las diversas minorías germanófonas europeas, o el fomento de movimientos de las minorías nacionales de Francia. Cfr.: MEES, Ludger, *El profeta patriótico. José Antonio Aguirre, el primer lehendakari (1939-1960)*, Irún, 2006, Alberdania; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel, *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, 1998, Síntesis; ARZALIER, François, *Les perdants. La dérive fasciste des mouvements autonomistes et indépendantistes au XX siècle*, Paris, 1990, La Découverte.

- ⁶ Por ejemplo, el jurista jefe de las SS Werner Best redacta un plan de entente germano-bretona titulado «Bretaña, piedra angular de la guardia atlántica de Alemania» y el celtólogo Leo Weisgerber dirige la Radio de Rennes entre 1941 y 1944. Cfr.: FRÉVILLE, Henry, *Archives secrètes de Bretagne*, Paris, Ouest-France, 1985.
- ⁷ BELSER, Christophe, *La collaboration en Loire-Inférieure (1940-44)*, La Crèche, Geste, 2005, p. 29. Con dicha propensión entroncaría también el delirante proyecto de Himmler y del líder valón Léon Dégrelle de “regermanizar” Borgoña, creando un Estado que resucitase la Lotaringia medieval abarcando desde la región borgoñona hasta Lorena y Valonia. Cfr. BURRIN, Philippe, *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, Paris, 1995, Éditions du Seuil, p. 368.
- ⁸ Sobre las dimensiones del colaboracionismo en Francia, destacamos: LAMBERT, Philippe; LE MAREC, Gérard, *Partis et mouvements de la collaboration*, Paris, 1994, Grancher; DOBRY, Michel (ed.), *Le mythe de l'allergie française au fascisme*, Paris, 2003, Albain Michel.
- ⁹ NICOLAS, Michel, *Histoire de la revendication bretonne*, Kerangwenn, Coop Breizh, 2007, p. 98.
- ¹⁰ Luc Capdevila estima que en torno a un 15% de los militantes del PNB habrían sido sentados en un banquillo tras 1945, lo cual demostraría hasta qué punto se discernió entre “quienes pertenecían a la corriente separatista” y quienes eran sólo “militantes de base de sensibilidad regionalista” CAPDEVILA, Luc, «Le mouvement breton face à l'épuration», en BOUGEARD, Christian, *ob. cit.*, pp. 337-351.
- ¹¹ JUDT, Tony, *Postguerra*, Madrid, 2006, Taurus, p. 81.
- ¹² Hasta tal punto, que incluso en Estados siempre discutidos la inmediata posguerra acalló la voz de todo particularismo, como en Bélgica: «La represión y la depuración tras la guerra hicieron desaparecer casi completamente de la escena política al nacionalismo. (...) Se paralizaron durante años todas las iniciativas pro-flamencas. En 1944-45 era como si sólo existiera una nación belga, cuya población se repartía en dos grupos lingüísticos, pero que formaba una sola etnia con un solo sentimiento nacional. No obstante, eso era en gran parte una ilusión, y muy rápidamente se vio que la identidad étnica flamenca no había desaparecido y que el nacionalismo cultural poseía suficientes energías para sobrevivir a aquella época de catacumbas». VOS, Louis, «Nation belge et mouvement flamand», en DUMONT, Hugue (dir.), *Belgitude et crise de l'Etat belge*, Bruxelles, 1989, FUSL, pp. 203-220.
- ¹³ Breiz Atao fue el periódico del Emsav entre 1919 y 1938, pero el conjunto del bretonismo fue más conocido con ese apelativo que con las siempre cambiantes siglas de las formaciones políticas que se sucedieron.
- ¹⁴ Las tasas de votos recibidos por la UDB varían poco entre elecciones, ya sean municipales o legislativas: el porcentaje de respaldo electoral fluctúa entre el 4 y el 9%. Ningún alcalde de Bretaña es militante de la UDB. Sin embargo, el partido cuenta con un total de 78 concejales repartidos por el país desde los comicios municipales de 2008 (algunos en núcleos notables como Brest, Lorient o Guingamp) y con tres miembros en el Conseil Régional de Bretagne. Por su parte, los apoyos recabados por el PB no vienen superando el 4% del total de votantes. Cuenta con un alcalde y nueve concejales repartidos entre diversos ayuntamientos bretones.
- ¹⁵ CONAN, Eric y ROUSSO, Henry, *Vichy. Un passé qui ne passe pas*, Paris, Fayard, 1994. Y muchos conflictos memoriales aparentemente cerrados resurgen a la menor crisis: «El carácter inmediatamente político de la guerra de memorias entre dreyfusards y antidreyfusards, conoció una larga pausa durante el tiempo de la Gran Guerra, y sin embargo volvió de manera más viva aún que antes porque el antisemitismo conocía nuevas formas y más extremas que en su apogeo de 1898». DUCLERT, Vincent, «L'affaire Dreyfus: de l'affrontement des mémoires à la reconnaissance de l'histoire», en BLANCHARD, Pascal, *Les guerres de mémoires*, Paris, La découverte, pp. 71-82.
- ¹⁶ «Que los años de la Ocupación tienen en la memoria nacional una posición preeminente es una evidencia. Las tomas de postura operadas entre 1940 y 1944 han marcado duraderamente los espíritus, alimentando el debate político, suscitando polémicas históricas, alimentando, en fin, el imaginario de los franceses. Esta memoria, además, no se ha quedado fija, sino que ha evolucionado desde la Liberación a nuestros días...». WIEVIORKA, Olivier, «Francisque ou Croix de Lorraine: les années sombres entre histoire, mémoire et mythologie», en BLANCHARD, Pascal, *ob. cit.*, pp. 94-106.
- ¹⁷ Adoptada por los Estados miembros del Consejo de Europa en Estrasburgo el 5 de noviembre de 1992. Francia es uno de los pocos Estados miembros que no han ratificado el documento.
- ¹⁸ NICOLAS, Michel, *ob. cit.*, 2007, p. 72; FAVEREAU, Francis, *ob. cit.*, p. 117.
- ¹⁹ CALVEZ, Ronan, *La radio en langue bretonne*, Rennes, PUR, 2000.
- ²⁰ Otra de los *emsaverien* que han generado “dobles memorias” es la de Morvan Lebesque (1911-1970). De intelectual colaboracionista (*L'heure bretonne, Je suis partout*) en los cuarenta, a icono del bretonismo izquierdista post-68, escribiendo en el emblemático rotativo progresista *Le canard enchaîné*. Pero hoy, aparte de seguir siendo objeto de la obvia benevolencia de los autonomistas (Cfr. CHAR-TIER, Erwan, *Morvan Lebesque. Le masque et la plume d'un intellectuel en quête de Bretagne*, Kerangwenn, Coop Breizh, 2007) su figura también se ve rodeada de la fuerte sospecha de cierta izquierda, aquella que le llegó a disculpar en los setenta. Si el célebre grupo folklórico Tri Yann llegó a usar textos de Lebesque para uno de sus populares temas («La découverte ou l'ignorance»), en los últimos tiempos es precisamente uno de sus ex-componentes, Jean-Louis Jossic, devenido concejal de cultura de Nantes, quien ha promovido que la Agencia Cultural Bretona de esa misma ciudad deje de portar su nombre, en razón de las «dudas» que su trayectoria genera (BOTRYTIS, Théodore: «Amnésie internationale. Chaque un porte sa croix gommée», en *La lettre à Lulu*, n° 41, 2003).
- ²¹ El ICB fue fundado en 1982 y tiene por misión la difusión y promoción de la cultura bretona. Su principal fuente financiera son los aportes de fondos públicos provenientes del Conseil Régional de Bretagne y los Conseils Généraux de

- los diferentes departamentos bretones.
- ²² «Le coup de balai», *L'Express*, n° 2598, 19-4-2001.
- ²³ *Ibidem*.
- ²⁴ «Une croisade occulte», *L'humanité*, 12-11-1999
- ²⁵ *Ibidem*.
- ²⁶ *Le Canard enchaîné*, n° 4148, 26-IV-2000.
- ²⁷ Y a tenor de lo que se puede leer en ciertas entradas del diccionario, a *Le Canard* no le falta razón: para explicar el uso del verbo «ser» (p. 122) ejemplifica con una frase: «Bretaña no existirá plenamente hasta que el francés sea destruido en Bretaña». Para la palabra «liberación» (p. 282): «Comencemos el combate por la liberación de nuestro país». Adverbio «entre» (p. 384): «Hay que elegir entre Bretaña y Francia». Adjetivo «francés» (p. 434): «luchar contra los franceses».
- ²⁸ «On a le droit à notre respect et à notre reconnaissance. Le MRAP dérape!», *Bretagne-info*, n° 101, octubre de 1998.
- ²⁹ MORVAN, Françoise, *Le monde comme si, Paris: Actes sud*, 2002.
- ³⁰ MORVAN, Françoise, «Nationalisme breton et collaboration: falsification historique et mémoire sélective», *Bretagne-Ile-de-France*, 31, (XI-2001), pp. 8-9.
- ³¹ MORVAN, Françoise, *ob. cit.*, pp. 261-262.
- ³² *Le Monde*, n° 17156, 23-III-2000.
- ³³ MONNIER, Jean-Jacques, *Résistance et conscience bretonne*, Fouesnant, Embanner, 2007.
- ³⁴ DEMEURÉ, Christian, «Entre histoire et mémoire», *Hopala* n° 29 (julio-octubre/2008), pp. 29-31.
- ³⁵ http://www.communitarisme.net/grib/La-resistance-ba-fouee_a40.html
- ³⁶ MONNIER, Jean-Jacques, «Mémoire sensible: revisiter les années 1930» en LE COADIC, Ronan (dir.), *Bretons, indiens, kabyles. Des minorités nationales?*, Rennes, PUR, 2009, pp. 191-202.
- ³⁷ LE COADIC, Ronan, *Bretagne, le fruit défendu*, Rennes, PUR, 2002, p. 21.
- ³⁸ OZOUF, Mona, *Composition française. Retour sur une enfance bretonne*, Paris, Gallimard, 2009, pp. 39-40.
- ³⁹ *Le Monde*, n°17156, 23-III-2000.
- ⁴⁰ LE COUÉDIC, Daniel, «Les étranges destinées de Dézarrois et Lebesque ou la complication de la guerre mise à nu par ses intellectuels, même», en BOUGEARD, Christian (dir.), *ob. cit.*, p. 204.
- ⁴¹ DEMEURÉ, Christian, «Entre histoire et mémoire», *Hopala* n° 29 (julio-octubre/2008), pp. 29-31.
- ⁴² <http://www.collectifbreton.eu/www/galv/qui-sommes-nous.asp>.
- ⁴³ Carta de Martial Ménard fechada el 2 de mayo de 2000 y publicada, entre otros sitios, en <http://www.legraindesable.com/html/desinfo2.htm>.
- ⁴⁴ Manifiesto del Sindicato CGT de Coop Breizh «Quand on veut tuer son chien, on l'accuse d'avoir la rage!», en *Breizh-Info*, 9-XI-2000.
- ⁴⁵ CUESTA, Josefina, *La Odisea de la Memoria*, Madrid, 2008, Alianza, p. 31.

